

Pío Baroja

# Zalacaín el Aventurero

Historia de las Buenas Andanzas  
y Fortunas de Martín Zalacaín  
de Urbía



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2004  
Segunda edición: 2017  
Primera reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Pío Baroja y Julio Caro Baroja  
© Ediciones Caro Reggio 1919  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-562-5  
Depósito legal: M. 36.377-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo. Cómo era la villa de Urbía en el último tercio del siglo XIX

## Libro primero. La infancia de Zalacaín

- 17 1. Cómo vivió y se educó Martín Zalacaín  
21 2. Donde se habla del viejo cínico Miguel de Tellagorri  
29 3. La reunión de la posada de Arcale  
34 4. Que se refiere a la noble casa de Ohando  
39 5. De cómo murió Martín López de Zalacaín, en el año de gracia de mil cuatrocientos y doce  
44 6. De cómo llegaron unos titiriteros y de lo que sucedió después  
53 7. Cómo Tellagorri supo proteger a los suyos  
58 8. Cómo aumentó el odio entre Martín Zalacaín y Carlos Ohando  
66 9. Cómo intentó vengarse Carlos de Martín Zalacaín

## Libro segundo. Andanzas y correrías

- 73 1. En el que se habla de los preludios de la última guerra carlista  
79 2. Cómo Martín, Bautista y Capistun pasaron una noche en el monte  
91 3. De algunos hombres decididos que formaban la partida del Cura  
100 4. Historia casi inverosímil de Joshé Cracasch

- 108 5. Cómo la partida del Cura detuvo la diligencia  
cerca de Andoain
- 115 6. Cómo cuidó la señorita de Briones a Martín  
Zalacaín
- 121 7. Cómo Martín Zalacaín buscó nuevas aventuras
- 130 8. Varias anécdotas de Fernando de Amezqueta y  
llegada a Estella
- 139 9. Cómo Martín y el extranjero pasearon de no-  
che por Estella, y de lo que hablaron
- 147 10. Cómo transcurrió el segundo día en Estella
- 155 11. Cómo los acontecimientos se enredaron, hasta  
el punto de que Martín durmió el tercer día de  
Estella en la cárcel
- 162 12. En que los acontecimientos marchan al galope
- 180 13. Cómo llegaron a Logroño y lo que les ocurrió
- 188 14. Cómo Zalacaín y Bautista Urbide tomaron, los  
dos solos, la ciudad de Laguardia, ocupada  
por los carlistas

### Libro tercero. Las últimas aventuras

- 199 1. Los recién casados están contentos
- 202 2. En el cual se inicia la «Deshecha»
- 207 3. En donde Martín comienza a trabajar por la  
gloria
- 213 4. La batalla cerca del monte Aquelarre
- 218 5. Donde la historia moderna repite el hecho de  
la historia antigua
- 223 6. Las tres rosas del cementerio de Zaro
- 227 7. Epitafios

Prólogo

## Cómo era la villa de Urbía en el último tercio del siglo XIX

Una muralla de piedra, negruzca y alta, rodea a Urbía. Esta muralla sigue a lo largo del camino real, limita el pueblo por el norte, y al llegar al río se tuerce, tropieza con la iglesia, a la que coge, dejando parte del ábside fuera de su recinto, y después escala una altura y envuelve la ciudad por el sur.

Hay todavía, en los fosos, terrenos encharcados con hierbajos y espadañas, poternas llenas de hierros, garitas desmochadas, escalerillas musgosas y alrededor, en los glacis, altas y románticas arboledas, malezas y boscajes, y verdes praderas salpicadas de florecillas. Cerca, en la aguda colina a cuyo pie se asienta el pueblo, un castillo sombrío se oculta entre gigantescos olmos.

Desde el camino real, Urbía aparece como una agrupación de casas decrepitas, leprosas, inclinadas, con balcones corridos de madera y miradores que asoman por encima de la negra pared de piedra que las circunda.

Tiene Urbía una barriada vieja y otra nueva. La barriada vieja, la *calle* como se le llama por antonomasia en vascuence, está formada principalmente por dos callejuelas estrechas, sinuosas y en cuesta que se unen en la plaza.

El pueblo viejo, desde la carretera, traza una línea quebrada de tejados torcidos y mugrientos que va descendiendo desde el castillo hasta el río. Las casas, encaramadas en la cintura de piedra de la ciudad, parece a primera vista que se encuentran en una posición estrecha e incómoda; pero no es así, sino todo lo contrario, porque entre el pie de las casas y los muros fortificados existe un gran espacio ocupado por una serie de magníficas huertas. Tales huertas, protegidas de los vientos fríos, son excelentes. En ellas se pueden cultivar plantas de zona cálida, como naranjos y limoneros.

La muralla, por la parte interior, que da a las huertas, tiene un camino formado por grandes losas, especie de acera de un metro de ancho con su barandado de hierro.

En los intersticios de estas losas viejas y desgastadas por las lluvias crecen la venenosa cicuta y el beleño; junto a las paredes brillan, en la primavera, las flores amarillas del diente del león y del verbasco, los gladiolos de hermoso color carmesí y las digitales purpúreas. Otros muchos hierbajos, mezclados con ortigas y amapolas, se extienden por la muralla y adornan con su verdura y con sus constelaciones de flores pequeñas y simples las almenas, las aspilleras y los matacanes.

Durante el invierno, en las horas de sol, algunos viejos de la vecindad, con traje de casa y zapatillas, pasean por la cornisa, y al llegar marzo o abril contemplan los pro-

gresos de los hermosos perales y melocotoneros de las huertas.

Observan también, disimuladamente, por las aspilleras, si viene algún coche o carro al pueblo, si hay novedades en las casas de la barriada nueva, no sin cierta hostilidad, porque todos los habitantes del interior sienten una oscura y mal explicada antipatía por sus convecinos de extramuros.

La cintura de piedra del pueblo viejo se abre en unos sitios por puertas ojivales; en otros se rompe irregularmente, dejando un boquete que por días se ve agrandarse.

En algunas de las puertas, debajo de la ojiva primitiva, se hizo posteriormente, no se sabe con qué objeto, un arco de medio punto.

En las piedras de las jambas quedan empotrados hierros que sirvieron para las poternas. Los puentes levadizos están sustituidos por montones de tierra que rellenan el foso hasta la necesaria altura.

Urbía ofrece aspectos varios, según el sitio de donde se le contemple; desde lejos y viniendo desde la carretera, sobre todo al anochecer, tiene la apariencia de un castillo feudal: la ciudadela, sombría, envuelta entre grandes árboles, prolongada después por el pueblo con sus muros fortificados, que chorrean agua, presenta un aspecto grave y guerrero; en cambio, desde el puente y un día de sol, Urbía no da ninguna impresión fosca; por el contrario, parece una diminuta Florencia, asentada en las orillas de un riachuelo claro, pedregoso, murmurador y de rápida corriente.

Las dos filas de casas bañadas por el río son casas viejas con galerías y miradores negruzcos, en los cuales cuel-

gan ropas puestas a secar, ristras de ajos y de pimientos. Estas galerías tienen en un extremo una polea y un cubo para subir agua. Al finalizar las casas, siguiendo las orillas del río, hay algunos huertos, por cuyas tapias verdosas surgen cipreses altos, delgados y espirituales, lo que da a este rincón un mayor aspecto florentino.

Urbía intramuros se acaba pronto; fuera de las dos calles largas, sólo tiene callejones húmedos y estrechos, y la plaza. Ésta es una encrucijada lóbrega, constituida por una pared de la iglesia, con varias rejas tapiadas, por la Casa del Ayuntamiento, con sus balcones volados y su gran portón coronado por el escudo de la villa, y por un caserón enorme, en cuyo bajo se halla instalado el almacén de Azpillaga.

El almacén de Azpillaga, donde se encuentra de todo, debe dar a los aldeanos la impresión de una caja de Pandora, de un mundo inexplorado y lleno de maravillas. A la puerta de casa de Azpillaga, colgando de las negras paredes, suelen verse chisteras para jugar a la pelota, albardas, jáquimas, monturas de estilo andaluz, y en las ventanas, que hacen de escaparate, frascos con caramelos de color, aparejos complicados de pesca, con su corcho rojo y sus cañas, redes sujetas a un mango, marcos de hojadelata, santos de yeso y de latón y estampas viejas, sucias por las moscas.

En el interior hay ropas, mantas, lanas, jamón, botellas de *chartreuse* falsificado, loza fina... El Museo Británico no es nada, en variedad, al lado de este almacén.

A la puerta suele pasearse Azpillaga, grueso, majestuoso, con su aire clerical, unas mangas azules y su boina. Las dos calles principales de Urbía son estrechas, tortuosas y



en cuesta. La mayoría de los vecinos de esas dos calles son labradores, alpargateros y carpinteros de carros. Los labradores, por la mañana, salen al campo con sus yuntas. Al despertar el pueblo, al amanecer, se oyen los mugidos de los bueyes; luego, los alpargateros sacan su banco a la acera, y los carpinteros trabajan en medio de la calle en compañía de los chiquillos, de las gallinas y de los perros.

Algunas de las casas de las dos calles principales muestran su escudo; otras, sentencias escritas en latín, y la generalidad, un número, la fecha en que se hicieron y el nombre del matrimonio que las mandó construir...

Hoy el pueblo lo forma casi exclusivamente la parte nueva, limpia, coquetona, un poco presuntuosa. El verano cruzan la carretera un sinfín de automóviles, y casi todos se paran un momento en la casa de Ohando, convertido en Gran Hotel de Urbía. Algunas señoritas, apasionadas por lo pintoresco, mientras el grueso papá escribe postales en el hotel, suben las escaleras del portal de la antigua, recorren las dos calles principales de la ciudad y sacan fotografías de los rincones que les parecen románticos y de los grupos de alpargateros que se dejan retratar, sonriendo burlonamente.

Hace cuarenta años la vida en Urbía era pacífica y sencilla; los domingos había el acontecimiento de la misa mayor, y por la tarde, el acontecimiento de las vísperas. Después, en un prado anejo a la ciudadela, y del cual se había apoderado la villa, iba el tamborilero, y la gente bailaba alegremente al son del pito y del tamboril, hasta que el toque del *Angelus* terminaba con la zambra, y los campesinos volvían a sus casas después de hacer una estación en la taberna.



Libro primero

La infancia de Zalacaín



# 1. Cómo vivió y se educó Martín Zalacaín

Un camino en cuesta baja de la ciudadela, pasa por encima del cementerio y atraviesa el portal de Francia. Este camino, en la parte alta, tiene a los lados varias cruces de piedra, que terminan en una ermita, y por la parte baja, después de entrar en la ciudad, se convierte en calle. A la izquierda del camino, antes de la muralla, había hace años un caserío viejo, medio derruido, con el tejado terrero lleno de pedruscos y la piedra arenisca de sus paredes desgastada por la acción de la humedad y del aire. En el frente de la decrepita y pobre casa, un agujero indicaba dónde estuvo en otro tiempo el escudo, y debajo de él se adivinaban, más bien que se leían, varias letras que componían una frase latina: *Post funera virtus vivit*.

En este caserío nació y pasó los primeros años de su infancia Martín Zalacaín de Urbía, el que, más tarde, había de ser llamado Zalacaín *el Aventurero*; en este caserío

soñó sus primeras aventuras y rompió los primeros pantalones.

Los Zalacaín vivían a pocos pasos de Urbía; pero ni Martín ni su familia eran ciudadanos: faltaban a su casa unos metros para formar parte de la villa.

El padre de Martín fue labrador, un hombre oscuro y poco comunicativo, muerto en una epidemia de viruelas; la madre de Martín tampoco era mujer de carácter; vivió en esa oscuridad psicológica normal entre la gente del campo, y pasó de soltera a casada, y de casada a viuda, con absoluta inconsciencia. Al morir su marido quedó con dos hijos, Martín y una niña menor llamada Ignacia.

El caserío donde habitaban los Zalacaín pertenecía a la familia de los Ohandos, familia la más antigua, aristocrática y rica de Urbía.

Vivía la madre de Martín casi de la misericordia de los Ohandos.

En tales condiciones de pobreza y de miseria, parecía lógico que, por herencia y por la acción del ambiente, Martín fuese como su padre y su madre: oscuro, tímido y apocado; pero el muchacho resultó decidido, temerario y audaz.

En esta época, los chicos no iban tanto a la escuela como ahora, y Martín pasó mucho tiempo sin sentarse en sus bancos. No sabía de ella más si no que era un sitio oscuro, con unos cartelones blancos en las paredes, lo cual no le animaba a entrar. Le alejaba también de aquel modesto centro de enseñanza el ver que los chicos de la calle no le consideraban como uno de los suyos, a causa de vivir fuera del pueblo y de andar hecho un andrajoso.

Por este motivo les tenía algún odio; así que cuando algunos chiquillos de los caseríos de extramuros entraban en la calle y comenzaban a pedradas con los ciudadanos, Martín era de los más encarnizados en el combate; capitaneaba las hordas bárbaras, las dirigía y hasta las dominaba.

Tenía entre los demás chicos el ascendiente de su audacia y de su temeridad. No había rincón del pueblo que Martín no conociera. Para él, Urbía era la reunión de todas las bellezas, el compendio de todos los intereses y magnificencias.

Nadie se ocupaba de él, no compartía con los demás chicos la escuela y huroneaba por todas partes. Su abandono le obligaba a formarse sus ideas espontáneamente y a templar la osadía con la prudencia.

Mientras los niños de su edad aprendían a leer, él daba la vuelta a la muralla, sin que le asustasen piedras derrumbadas, ni las zarzas que cerraban el paso.

Sabía dónde había palomas torcaces, e intentaba coger sus nidos, robaba fruta y cogía moras y fresas silvestres.

A los ocho años, Martín gozaba de una mala fama, digna ya de un hombre. Un día, al salir de la escuela, Carlos Ohando, el hijo de la familia rica que dejaba por limosna el caserío a la madre de Martín, señalándole con el dedo, gritó:

—¡Ése! Ése es un ladrón.

—¡Yo! —exclamó Martín.

—Tú, sí. El otro día te vi que estabas robando peras en mi casa. Toda tu familia es de ladrones.

Martín, aunque respecto a él no podía negar la exactitud del cargo, creyó no debía permitir este ultraje dirigi-

do a los Zalacaín, y, abalanzándose sobre el joven Ohando, le dio una bofetada morrocotuda. Ohando contestó con un puñetazo; se agarraron los dos y cayeron al suelo; se dieron de trompicones; pero Martín, más fuerte, tumbaba siempre al contrario. Un alpargatero tuvo que intervenir en la contienda, y a puntapiés y a empujones separó a los dos adversarios. Martín se separó triunfante, y el joven Ohando, magullado y maltrecho, se fue a su casa.

La madre de Martín, al saber el suceso, quiso obligar a su hijo a presentarse en casa de Ohando y a pedir perdón a Carlos; pero Martín afirmó que antes lo matarían. Ella tuvo que encargarse de dar toda clase de excusas y explicaciones a la poderosa familia.

Desde entonces, la madre miraba a su hijo como a un réprobo.

—¡De dónde ha salido este chico así! —decía; y experimentaba al pensar en él un sentimiento confuso de amor y de pena sólo comparable con el asombro y la desesperación de la gallina cuando empolla huevos de pato y ve que sus hijos se zambullen en el agua sin miedo y van nadando valientemente.



## 2. Donde se habla del viejo cínico Miguel de Tellagorri

Algunas veces, cuando su madre enviaba por vino o por sidra a la taberna de Arcale a su hijo Martín, le solía decir:

–Y si te encuentras al viejo Tellagorri, no le hables, y si te dice algo, respóndele a todo que no.

Tellagorri, tío-abuelo de Martín, hermano de la madre de su padre, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda, pelo gris, ojos grises, y la pipa de barro siempre en la boca. Punto fuerte en la taberna de Arcale, tenía allí su centro de operaciones, allí peroraba, discutía y mantenía vivo el odio latente que hay entre los campesinos por el propietario.

Vivía el viejo Tellagorri de una porción de pequeños recursos que él se agenciaba, y tenía mala fama entre las personas pudientes del pueblo. Era, en el fondo, un hombre de rapiña, alegre y jovial, buen bebedor, buen amigo, y en el interior de su alma bastante violento para pegarle un tiro a uno o para incendiar el pueblo entero.

La madre de Martín presintió que, dado el carácter de su hijo, terminaría haciéndose amigo de Tellagorri, a quien ella consideraba como un hombre siniestro. Efectivamente, así fue; el mismo día en que el viejo supo la paliza que su sobrino había adjudicado al joven Ohando, le tomó bajo su protección y comenzó a iniciarle en su vida.

El mismo señalado día en que Martín disfrutó de la amistad de Tellagorri, obtuvo también la benevolencia de *Marqués*. Marqués era el perro de Tellagorri, un perro chiquito, feo, contagiado hasta tal punto con las ideas, preocupaciones y mañas de su amo, que era como él: ladrón, astuto, vagabundo, viejo, cínico, insociable e independiente. Además, participaba del odio de Tellagorri por los ricos, cosa rara en un perro. Si Marqués entraba alguna vez en la iglesia, era para ver si los chicos habían dejado en el suelo de los bancos donde se sentaban algún mendrugo de pan, no por otra cosa. No tenía veleidades místicas. A pesar de su título aristocrático, Marqués no simpatizaba ni con el clero ni con la nobleza. Tellagorri le llamaba siempre *Marquesch*, alteración que en vasco parece más cariñosa.

Tellagorri poseía un huertecillo que no valía nada, según los inteligentes, en el extremo opuesto de su casa, y para ir a él le era indispensable recorrer todo el balcón de la muralla. Muchas veces le propusieron comprarle el huerto, pero él decía que le venía de familia y que los higos de sus higueras eran tan excelentes, que por nada del mundo vendería aquel pedazo de tierra.

Todo el mundo creía que conservaba el huertecillo para tener derecho de pasar por la muralla y robar, y esta

opinión no se hallaba, ni mucho menos, alejada de la realidad.

Tellagorri era de la familia de los Galchagorris, la familia de los calzones colorados, y este consonante, entre el mote de su familia y su nombre, había servido al padre de la sacristana, viejo chusco que odiaba a Tellagorri, de motivo a una canción que hasta los chicos la sabían y que mortificaba profundamente a Tellagorri.

La canción decía así:

*Tellagorri*  
*Galchagorri*  
*Ongui etorri*  
*Onerá.*  
*Ostutzale*  
*Erantzale*  
*Nescatzale*  
*Zu cerá*

(Tellagorri, Galchagorri, bien venido seas aquí. Aficionado a robar, aficionado a beber, aficionado a las muchachas, eres tú.)

Tellagorri, al oír la canción, fruncía el entrecejo y se ponía serio.

Tellagorri era un individualista convencido; tenía el individualismo del vasco reforzado y calafateado por el individualismo de los Tellagorri.

—Cada cual que conserve lo que tenga y robe lo que pueda —decía.

Ésta era la más social de sus teorías; las más insociables se las callaba.

Tellagorri no necesitaba de nadie para vivir. Él se hacía la ropa; él se afeitaba y se cortaba el pelo, se fabricaba sus abarcas, y no necesitaba de nadie, ni de mujer ni de hombre. Así, al menos, lo aseguraba él.

Tellagorri, cuando le tomó por su cuenta a Martín, le enseñó toda su ciencia. Le explicó la manera de acogotar una gallina sin que alborotase; le mostró la manera de coger los higos y las ciruelas de las huertas, sin peligro de ser visto, y le enseñó a conocer las setas buenas de las venenosas por el color de la hierba en donde se crían.

Esta cosecha de setas y la caza de caracoles constituía un ingreso para Tellagorri; pero el mayor era otro.

Había en la Ciudadela, en uno de los lienzos de la muralla, un rellano formado por tierra, al cual parecía tan imposible llegar subiendo como bajando. Sin embargo, Tellagorri dio con la vereda para escalar aquel rincón, y en este sitio recóndito y soleado puso una verdadera plantación de tabaco, cuyas hojas secas vendía al tabernero Arcale.

El camino que llevaba a la plantación de tabaco del viejo, partía de una heredad de los Ohandos y pasaba por un foso de la Ciudadela. Abriendo una puerta vieja y carcomida que había en este foso, por unos escalones cubiertos de musgo, se llegaba al rincón de Tellagorri.

Este camino subía apoyándose en las gruesas raíces de los árboles, constituyendo una escalera de desiguales tramos, metida en un túnel de ramaje.

En verano, las hojas lo cubrían por completo. En los días calurosos de agosto se podía dormir allí a la sombra, arrullado por el piar de los pájaros y el rezongar de los moscones.

El foso era lugar también interesante para Martín; las paredes estaban cubiertas de musgos rojos, amarillos y verdes; entre las piedras nacían la lechetrezná, el beleño y el yezgo, y los grandes lagartos tornasolados se tostaban al sol. En los huecos de la muralla tenían sus nidos las lechuzas y los mochuelos.

Tellagorri explicaba todo detenidamente a Martín.

Tellagorri era un sabio: nadie conocía la comarca como él; nadie dominaba la geografía del río Ibayá, la fauna y la flora de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Guardaba, en los agujeros del puente romano, su aparejo y su red para cuando la veda; sabía pescar al martillo, procedimiento que se reduce a golpear algunas losas del fondo del río y luego a levantarlas, con lo que quedan las truchas que han estado debajo inmóviles y aletargadas.

Sabía cazar los peces a tiros; ponía lazos a las nutrias en la cueva de Amaviturrieta, que se hunde en el suelo y está a medias llena de agua; echaba las redes en Ocín beltz, el agujero negro en donde el río se embalsa; pero no empleaba nunca la dinamita, porque, aunque vagamente, Tellagorri amaba la Naturaleza y no quería empobrecerla.

Le gustaba también a este viejo embromar a la gente: decía que nada gustaba tanto a las nutrias como un periódico con buenas noticias, y aseguraba que si se dejaba un papel a la orilla del río, estos animales salen a leerlo; contaba historias extraordinarias de la inteligencia de los salmones y de otros peces. Para Tellagorri, los perros, si no hablaban, era porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona. Este entusiasmo por los canes le había impulsado a pronunciar esta frase irrespetuosa: